

***La Sociedad Democrática por la Unificación y la
Confraternización de Todos los Pueblos, con sede en
Bruselas (Bélgica), al pueblo suizo
29 de noviembre de 1847***

(Tomado de Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras*, Volumen 9, Crítica, Barcelona, 1978, páginas 396-398.)

Hermanos suizos:

Acaba de concluirse entre vosotros una dolorosa lucha. Todas las naciones han sido víctimas de esta lucha, con la preocupación y el duelo que siempre experimentan los corazones nobles frente a una guerra civil.

No hemos de entrar aquí a considerar las causas de esa lucha. Ambos bandos han querido dirimirla solos, sin requerir la mediación de ningún otro.

Que el reproche de imprudencia culpable caiga sobre aquéllos que se han erigido, sin ser llamados, en jueces diligentes de vuestros debates internos.

Pero esa imprudencia amenaza con asumir un carácter diferente.

Los amigos de la libertad están indignados, y hasta alarmados, con razón, por ello.

En un principio podían explicarse deseos y hasta ofrecimientos de auxilio más o menos ferviente, más o menos honestos, por tal o cual causa, sin acudir a otros móviles que a las diferencias de opiniones humanas en cuestiones de fe política o religiosa.

Pero hoy se trata de otra cosa.

La intromisión de un congreso de reyes en vuestros asuntos es sólo comprensible como un ataque franco o encubierto a vuestras instituciones, en particular al desarrollo que les habéis impreso legalmente durante los últimos quince años.

Vosotros, nuestros hermanos suizos, quienes desde hace casi seis siglos sois los custodios de ese tesoro de libertad que el feudalismo rapaz ha ido expulsando poco a poco de todas las restantes partes de Europa, en esta hora decisiva en que todas las naciones se disponen a exigir de vosotros su participación en esa libertad, nos debéis a nosotros, así como a vosotros mismos, una última defensa de ese precioso tesoro.

Si os dejaseis despojar de ese tesoro, se habrían perdido, para vosotros y para el resto de Europa, los seis siglos de perseverante vigilancia que pronto comprometerán con vosotros nuestra más elevada gratitud.

Las instituciones democráticas serían desterradas allende el mar, a tierras de un nuevo mundo, y durante mucho tiempo dejarían de ser para nosotros un modelo que siempre podríamos tener ante nuestros ojos y emular sin esfuerzo.

La dirección del estado a cargo de dirigentes elegidos por todos; la administración del estado sin finanzas cargadas de deudas, sin la ruina de los creadores en beneficio de una horda de dependientes inútiles; la protección del estado sin un ejército permanente; el florecimiento comercial e industrial del estado, sin impedimentos de trabas aduaneras; la libertad de credos, sin la dominación de la Iglesia, ¿dónde hallaríamos entonces el modelo de ese orden al que aspira toda Europa hoy en día, si Suiza permitiese que una banda de reyes, banqueros, ministros, mercenarios, monopolistas y sectarios se inmiscuyese en sus asuntos?

Su intromisión sólo puede tener como objetivo el de extirpar por fin, en el centro de Europa, este modelo, tan falta para ellos, de una nación que se gobierna sin su concurso.

Nosotros, a quienes los más recientes acontecimientos políticos nos han reunido aquí, provenientes de todas partes de Europa; que vivimos en medio de un pequeño pueblo casi tan libre como vosotros; nosotros, hermanos suizos, creemos haber comprendido

como imprescindible el tener que formularos este nuestro deseo: resistid a las intrigas diplomáticas planeadas contra vosotros.

Os conjuramos, pues, para que no prestéis oídos a los arteros ofrecimientos de mediación que os han llegado desde cinco cortes (no decimos que desde cinco pueblos), que se han unido para atraeros hacia una trampa mortal.

Nol temáis se apelan a las amenazas. Cuidaos únicamente de su perfidia.

Inclusive si sus amenazas se tornasen serias, podrías medir tranquilamente vuestras fuerzas con las fuerzas de que realmente disponen las cortes, en vista de sus dificultades internas, crecientes día a día.

Si tuviesen la intención de forzaros por la violencia, no os habría de faltar auxilio. Una vez más encomendamos a vuestro cuidado, hermanos suizos, el sacrosanto tesoro de la libertad democrática de Europa, que tan bien habéis sabido custodiar hasta el presente y que, en última instancia, habéis sabido poner al servicio de los derechos e intereses de la mayoría.

Os aseguramos aquí, por anticipado, nuestro reconocimiento por la firmeza que habréis de demostrar al mundo y la expresión de nuestra más viva simpatía.

Por el anteriormente mencionada Sociedad Democrática y a raíz de la resolución tomada por la asamblea plenaria del 29 de noviembre de 1847, posterior a la celebración recordatoria de Polonia realizada ese día en el Ayuntamiento de Bruselas, el Comité de la Sociedad.

General *Mellinet*, jefe de las legiones civiles de 1830, presidente honorario.

L. Jottrand, abogado, exmiembro del Congreso Nacional de Bélgica en 1830, presidente.

Maynz, abogado del Tribunal de Apelación de Bruselas.

Imbert, vicepresidente, exdirector del *Peuple Souverain* de Marsella.

Karl Marx, exdirector de la *Rheinische Zeitung*, vicepresidente.

Lelewel, Joachim, miembro del Gobierno Nacional.

Georg Weerth.

El secretario de la Sociedad, *A. Picard*, abogado del Tribunal de Apelación de Bruselas.

Spithoorn, abogado del Tribunal de Gante, jefe del Gobierno Provisional de Flandes en 1830.

Pellering, obrero, zapatero.

A von Bronstedt, director del periódico alemán de Bruselas.

Los obreros alemanes de Bruselas, reunidos en una sociedad, han aprobado el presente mensaje. Su aprobación se corrobora por los siguientes miembros del Comité de esa Sociedad:

Presidente: *Wallau*
Vicepresidente: *Hess*
Wolff, secretario
Riedel, tesorero

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es